

# La Edad del Hierro en Vasconia

(The Iron Age in the Basque Country)

Llanos Ortíz de Landaluze, Armando  
Instituto Alavés de Arqueología  
San Antonio, 41  
01005 Vitoria - Gasteiz

BIBLID [1137-4489 (1997), 7; 37-45]

---

*Se ofrece una síntesis en la que se exponen, en una panorámica general, algunos de los resultados que, fruto de los programas de investigación sobre este periodo cultural, van permitiendo conocer el proceso histórico de una compleja etapa conocida genéricamente como Edad del Hierro. Se apunta también una nomenclatura para este periodo, más acorde con la ya consolidada para etapas anteriores.*

*Palabras Clave: Edad del Hierro. País Vasco.*

*Eskaintzen den sintesi honetan, ikuspegi orokor moduan, kultur aldi horri buruzko ikerketa programen ondorioz iritsitako emaitza batzuk agertzen dira. Izan ere, ikerketa horiek Burdin Aro izen orokorra ean zaion garai konplexua ezagutzeko bidea ematen ari dira. Orobat, izendegi bat proposatzen da garai horretarako, aurreragoko garaietarako erabili eta jadanik finkatua denarekin adosago dagoena.*

*Giltz-Hitzak: Burdin Aroa. Euskal Herria.*

*On offre une synthèse dans laquelle on expose, en une panoramique générale, quelques-uns des résultats qui, fruits des programmes de recherche sur cette période culturelle, permettent de connaître le processus historique d'une étape complexe connue généralement sous le nom d'Age de Fer. On note également une nomenclature pour cette période, plus en accord avec celle déjà consolidée des étapes antérieures.*

*Mots Clés: Age de Fer. Pays Basque*

Este dilatado y elástico espacio de tiempo denominado como Edad del Hierro, es un periodo clave en la conformación del poblamiento, por cuanto, si algo podemos destacar de él, es el de ser un tiempo en el que se fijan de una forma permanente los núcleos urbanos y la territorialización de los espacios que, en muchos casos, serán el fundamento de las delimitaciones que han continuado en épocas posteriores. El ámbito de este análisis se concreta en lo que hoy llamamos Vasconia Peninsular que está formada por los territorios de Alava, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra, aunque sus límites actuales posiblemente no coincidan exactamente con los que tuvieron en los momentos que nos ocupan.

Obviamente este intento de síntesis lo basaremos en el actual conocimiento que poseemos por los diversos trabajos que se van llevando a cabo y que se enriquece por los continuos aportes que las investigaciones en curso van arrojando. También es verdad que a pesar de estos avances son desiguales los resultados tanto por los datos que se pueden manejar como por que, en algunos casos, las investigaciones no presentan un carácter homogéneo de planteamientos al estar diferenciadas tanto en sus fines como en su desarrollo. Esto se ve claramente si se hace una revisión historiográfica de las investigaciones, cuyo balance se inclina favorablemente a los territorios de Alava y Navarra. Simplemente por una mayor y más larga tradición investigadora en este campo, que tiene sus inicios en el primer cuarto de este siglo.

Esta trayectoria se puede dividir en cuatro etapas. Una inicial, de aproximación al tema, principalmente con una sistematización a cargo de Bosch Gimpera, sobre los hallazgos navarros de Etxauri y las primeras localizaciones de poblados como los del Castejón de Arguedas y de la Peña del Saco en Fitero. Algunos años después ocurre algo similar en Alava con los primeros hallazgos a cargo de J.M.Barandiarán y que son citados en una de sus primeras obras de síntesis de la prehistoria vasca. La década de los años 40, supone un desarrollo de la actividad, principalmente por la excavación de algunos de los yacimientos conocidos, de forma aislada en Alava y con un cierto programa en Navarra al haberse creado un servicio de excavaciones por parte de la Diputación Foral de Navarra, a cuyo frente estuvieron, B.Taracena juntamente con L.Vázquez de Parga, quienes ampliaron su campo de acción a Bizkaia, con una corta campaña de excavaciones en el Castro de Navarniz. Es a partir de los años 60, en una etapa de potenciación cuando verdaderamente se está ante un meditado y planificado plan de investigaciones trazado desde lo que hoy es el Instituto Alavés de Arqueología, a cargo de J.M.Ugartechea y A.Llanos, para el estudio de este periodo cronológico que dio abundantes frutos con el hallazgo de nuevos yacimientos, principalmente poblados, aunque no falten los existentes en cuevas y otros. La consolidación de las investigaciones se inicia a partir de los años 70, con la excavación de nuevos yacimientos obedeciendo a una planificación a medio y largo plazo. En Alava se trabajó en los poblados de Peñas de Oro; Castro del Castillo de Henayo; Castro Berbeia; Punta de San Pedro; Castros de Lastra; La Hoya, en tanto que en Navarra lo fueron los de Sansol; La Custodia; Castillar de Mendavia; Santacara; Andión; etc. Paralelo a ello se continuaron los trabajos para la localización de nuevos yacimientos, con espectaculares resultados. Ya por los años 80, se incorporan a estas investigaciones planteamientos similares en Bizkaia a cargo de L.G. Valdés, y de la mano de J. Peñalver y C. Olaetxea en Gipuzkoa quienes con otros arqueólogos excavaron los castros de Maruelexa; Kosmoaga; Berreaga; Tromoitio; Campo de Gastiburu, en el primer territorio y los de Intxur y Buruntza en el segundo, además de un incremento de las prospecciones que van dando resultados positivos. Otros trabajos en Alava y Navarra dan continuidad a los ya desarrollados, iniciándose excavaciones en

los poblados de Atxa; Carasta; así como en los de Las Eretas y San Cristobal, respectivamente.

Con los conocimientos aportados por este bagaje de investigaciones ya elaboramos unos intentos de síntesis sobre el mismo tema, aunque parceladas en sus aspectos territoriales o culturales. En este caso nuestra exposición tratará de presentar este panorama a nivel de Vasconia Peninsular, orientándose tanto hacia la presentación de nuestra visión de los resultados sobre este periodo como hacia la problemática que queda pendiente de resolución y que puede servir como tesis de trabajo.

En primer lugar, y antes de entrar en materia, por una cuestión de método, quiero exponer que en la descripción de las diferentes etapas o momentos —y por coherencia con las denominaciones usuales en etapas anteriores— utilizaremos las siguientes para este periodo de la Edad del Hierro. Las primeras fases, que tradicionalmente se han venido llamando como Hierro I, pasarán a ser *Hierro Antiguo*. Los momentos de tránsito entre el Hierro I y Hierro II, las reflejaremos como *Hierro Medio*, siendo el tradicional Hierro II, suplido por *Hierro Tardío*. *El Hierro Final* correspondería a los comienzos de la Romanización, que en plena época romana, en momentos Bajo Imperiales, denominaremos como *Hierro Residual*. Y ello por que, este periodo de la Edad del Hierro, no es un espacio de tiempo concreto con delimitaciones claras y precisas, ya que las fases anteriores se entrelazan en este nuevo mundo en conformación o se alargan en el tiempo, perdurando cuando están, más tarde, tomando auge nuevos conceptos y formas de vida en periodos clásicos. Así es difícil definir un modelo puro, que quedará matizado de mil maneras, según se sitúen en unos u otros espacios geográficos, con unas características propias que les confieren una impronta peculiar. Quizá el espacio tiempo, con amplios márgenes, sea algo más definitorio en lo que poder moverse con una cierta seguridad.

Por ello y como resumen de estos conceptos podremos decir que el esquema no sigue un proceso o trayectoria unilineal sino que se estructura en un proceso lineal en formaciones paralelas que en algún caso confluyen generando nuevos y característicos tipos. Donde más se acusa todo esto es en la vertiente meridional, más abierta a variados contactos extraterritoriales.

La etapa del Bronce Medio/Final, con sus muchas matizaciones, será el soporte o base en el que se empiecen a aglutinar todos los elementos que darán cuerpo a este mundo del Hierro Antiguo, Todo ello como secuela del mundo megalítico pastoreil, bien conocido por sus monumentos y formulas funerarias y no tanto por sus lugares de habitat. Será este mundo cultural, en sus momentos finales, el que soportará los nuevos influjos que comenzarán a hacer acto de presencia en la Vasconia Peninsular, desde dos direcciones distintas. Una desde la Meseta Superior y la otra desde el Continente. Este primer grupo, culturalmente no muy alejado de las formulas campaniformes desarrolló unas expresiones socioculturales muy características y que son detectable en algunas formulas tangibles que, aunque no únicas, permiten su identificación. Son los casos de su habitat; bien en cuevas o en ciertos casos al aire libre; expresiones culturales con pinturas esquemático-abstractas en cuevas; y lo que venimos denominando como «Depósitos en Hoyos». De todo ello, el habitat en cuevas parece ser un fenómeno bastante generalizado en la zona en estudio ampliamente extendido por la vertiente atlántica, en tanto que otras formulas tienen una mayor representación en la vertiente mediterránea.

Su presencia se constata en numerosas cuevas, estando condicionada a la exis-

tencia o no, de este medio físico. La otra formula, la del habitat al aire libre, es más abundante en la vertiente mediterránea o al menos es donde más lugares se han detectado. Cubriendo en algunas zonas ampliamente el espacio en torno a valles o cuencas de ríos ( Rio Rojo). Las últimas etapas de estos momentos son aquellas con niveles cerámicos, con tipos y formas muy característicos, con recipientes de perfiles suaves con embocaduras cerradas, junto a otros concavo-convexos., en los que algunos elementos dan personalidad propia, como las superficies, texturadas rugosas o con unguilaciones cubriéndolas por completo; pezones horizontales situados especialmente en el tercio superior y en muchos casos sobre el mismo labio, y cerrándose en su parte inferior con bases planas que algunas veces conservan la impronta de la cesta sobre la que fueron modeladas.

Dentro de este mundo cultural o al menos con él relacionado, se incrustarán nuevas formulas cerámicas, algunas muy características como pueden ser las de tipo Boquique, que lo mismo se dan en yacimientos de habitat al aire libre, o en cuevas y también en los denominados «Depósitos en Hoyos».

En el caso de las cuevas se asocian a aquellas en las que existen pinturas monocromáticas o bien grabados de tipo esquemático-abstracto, con amplia representación en Alava y cuyo ámbito se desborda por Bizkaia e incluso por tierras próximas como es el caso de Cantabria. Cronológicamente su abanico es amplio existiendo algún lugar, como Solacueva de Lakozmunte cuyos niveles arqueológicos de la entrada, van desde los de carácter protoboquique a los de plena romanización, siendo estos tipos de materiales los que se encontraron en el interior de la cavidad, asociados a las representaciones pictóricas, que le otorgan un claro significado de santuario, al igual que en otros casos, que llegan a coincidir con cavidades en las que existen representaciones pictóricas de carácter paleolítico, siendo este un caso que se da en las cuevas de la vertiente cantábrica.

Más complejo, si cabe, parece el fenómeno de los Depósitos en Hoyos con una cronología muy amplia y dilatada, que va desde un s.XIX a.C. como en el lugar de Sta. María de Estarrona (Alava) a un s.VII a.C. para los de Bizkar en Maestu (Alava), así como otros en los que los depósitos están indicando un Hierro Final. Este tipo de yacimientos parece concentrarse, de momento, en tierras alavesas.

En cuanto a los lugares de hábitat, se establecen en zonas bajas en una primera fase, que pasan a lugares de altura algo más tardíamente, sobre todo en espacios con buenas defensas naturales. Los ejemplos son abundantes, estando localizados en las zonas medias de Alava y en algún caso en tierras de Navarra. Entre sus materiales cerámicos, aparte de los tipos de Boquique, se dan formulas de excisiones y pseudoexcisiones, e incluso de ángulos corridos y puntillados. Aparte de las citadas formas, existen otras de perfiles bajos y abiertos de tipo cóncavo-convexo. Las formulas con Boquique son casi exclusivas de los hábitat en zonas bajas, localizándose el resto en estos emplazamientos elevados.

Con este resumen se ve como este mundo meseteño tiene una presencia desigual, estando mejor y más ampliamente representado en la zona media y meridional de la zona en estudio.

Sobre este substrato y ya en el Bronce Final, durante el último tercio del segundo milenio a.C. se comienzan a acusar elementos culturales, en sus aspectos materiales, de procedencia continental. En algunos casos en establecimientos «ex novo», y en otros superponiéndose a estos grupos de tradición meseteña, ocupando los mismo

lugares. Esta primera etapa no es bien conocida, por no ser demasiados los lugares excavados, pero sí parece extenderse por amplias zonas de la vertiente meridional. El carácter de los emplazamientos o al menos sus características físicas no parece ser un elemento definitorio de clasificación para reconocerlos, ya que lo mismo los encontramos en lugares llanos como en El Alto de la Cruz (Cortes de Navarra), La Custodia (Viana.Navarra) y La Hoya (Laguardia. Alava), que en otros como en Castillo de Henayo (Alegria/Dulantzi) Carasta (Caicedo-Sopeña), en Alava, o Arrosia (Arroniz), El Castillar (Mendavia) en Navarra, por poner unos ejemplos. En lo que sí parecen coincidir, aparte de los tipos de ajuar cerámico y otros, es en las formulas constructivas para estos primeros momentos, ya que sus edificaciones y defensas se levantaron casi exclusivamente con madera, con cerramientos de muros a base de entrecruzados de ramaje manteados con barro y cubiertas ligeras de materiales vegetales, quedando de estas primeras viviendas buena documentación en los agujeros de postes de sus cimentaciones que permiten reconstruir formas y espacios de vida. Los ajuares cerámicos con recipientes de fabricación modelada y cocción reductora varían, aunque pueden considerarse características las formas simples con decoraciones plásticas de cordones, digitaciones y otras, sumándose las definitorias de superficies bruñidas con ornamentaciones de incisiones corridas con temáticas de claro diseño transpirenaico, que también se desarrollan con técnicas de excisiones, pinturas al grafito y líneas acanaladas, sobre las que se superpondrán las pinturas con tonos rojizos y barbotina, las impresiones de muelles y posteriormente las acanaladuras, siguiendo este orden de evolución. Otros recipientes que se han detectado en alguno de estos poblados corresponden a vasijas de pastas cerámicas sin cocer e incluso contenedores de madera y de fibras vegetales. En algún caso, como en La Hoya, en estos niveles inferiores son abundantes los materiales líticos, consistentes en grandes piezas de lascas/raederas de cuarcita y sílex, siendo en estos niveles inferiores donde aparecen materiales más antiguos como puede ser la cerámica campaniforme o puntas de sílex de pedúnculo y aletas o hachas pulimentadas que parecen explicar una continuidad de fijación de poblamiento en un lugar concreto, independientemente que tuvieran o no relación de continuidad temporal/cultural. Por fechaciones absolutas obtenidas se pueden fijar unas cronologías en torno a los siglos XIII o XII a.C. para estos momentos.

Estas primeras etapas de fijación de asentamientos y configuración de las ocupaciones territoriales, —que están aún por conocer en toda su intensidad— parecen consolidarse, extendiéndose principalmente por toda la vertiente mediterránea, con mayor intensidad en la zonas medias. A partir de esos momentos, algo mejor conocidos, van a diferenciarse, dos formulas distintas. Por un lado la continuidad en lo constructivo de las edificaciones en madera, sobre zócalos de barro o piedra, cerramientos con manteados de barro y cubiertas vegetales, que dibujarán plantas curvadas, en general circulares, (casos de Peñas de Oro y Castillo de Henayo) y por otro las que sobre zócalos de piedra, aunque también directamente sobre el suelo, se levantan con armaduras de madera que se cierran en los vanos con adobes, continuando las cubiertas vegetales, siendo las plantas de tipo poligonal, generalmente rectangulares, que en su interior se compartimentan en espacios diferenciados con funciones concretas. Estos interiores de las viviendas, de gran capacidad, como las de El Alto de la Cruz de Cortes o las de La Hoya, se ornamentan con pinturas generalmente en color rojo, tanto en zócalos como en frisos en suelos, con temas geométricos o antropomorfos. También algo que caracteriza este momento son los hogares, construidos con diversos materiales pero con placas de arcilla, que se emplazan como una constante, en el centro de las viviendas, aunque existen también en algunos casos, en el exterior de éstas.

Si bien la elección de espacios para su constitución continúa de forma muy parecida a la anterior etapa, parecen derivarse, en los que se inician en estos momentos, una mayor predilección por lugares bien defendidos naturalmente. Sus defensas son más potentes, con los grandes movimientos de tierras para nivelar y crear terrazas, que modifican espectacularmente el terreno en algunos casos. Estas estructuras defensivas se convierten en murallas de piedra, a canto seco, que a su vez sirven como muros de contención de tierras, y que seguramente se complementarían con adarbes o empalizadas de madera, complicando los accesos con fosos, falsas entradas y aterrazamientos superpuestos.

Esta presencia de elementos ultrapirenaicos, no solamente se acusa en los poblados, ya que hallazgos aislados de hachas de talón y anillas, son reiterados por todo el territorio, tanto en la vertiente septentrional como meridional. A estos se suman algunos materiales localizados en cuevas, con tipologías tan claras como la empuñadura de espada de lengüeta en U, o las pulseras laminares de sección convexa en oro y plata de Solacueva de Lakozmonte, además de otros no tan significativos que aparecen en cuevas de la vertiente septentrional.

Así se pasará a un Hierro Antiguo, donde estos esquemas continuarán sin grandes modificaciones, fijándose ya en los materiales algunas formas que definirán estos momentos. Entre los conjuntos de materiales cerámicos, se consolidan las formas de cuerpos biconvexos con quiebro alto, cuellos muy desarrollados abiertos y en algunos casos rectos, bases de pequeño diámetro con fondo rehundido y cerco anular. Otras formas clásicas son los pequeños cuencos hemisféricos con cuellos pequeños abiertos, muy bruñidos incluso con aspecto acharolado, o las vasijas de cuerpos rectos oblicuos con pies anulares. En el caso de superficies simplemente alisadas se suelen ornamentar con unguilaciones y digitaciones generalmente sobre cordones pegados en los recipientes o sin más sobre la misma superficie, que cuando se bruñen las superficies se convierten en impresiones de muelles. Los ajuares metálicos que aparecen en estos poblados son realmente ricos y abundantes, siendo generalmente de bronce, fíbulas de doble resorte, de codo, etc., o alfileres de cabeza arrollada, agujas con perforación centrada, botones de travesaño, entre otros, siendo clara su filiación continental, en el marco de las culturas de Túmulos o de Campos de Urnas. Un importante parte de estos ajuares metálicos parece que se elaboraron en los mismos poblados, ya que se han encontrado indicios de una dedicación metalúrgica patente tanto en moldes y crisoles o en tortas de fundición. Estos metalúrgicos trabajaron, tanto una industria a partir de minerales, o bien como en algunos poblados (Oro, Carasta...) con refundiciones de chatarra. También de metales preciosos existen algunas piezas, como un anillo retorcido helicoidalmente con extremos cruzados, terminado en bolas, procedente del Castro de Peñas de Oro (Murgia.Alava) o los cuencos, más bien capaces, en oro hallados sin contexto claro en el lugar de Axtroki (Bolibar.Gipuzkoa), con orígenes norcontinentales, indicando posiblemente unos contactos de tipo comercial, de una cierta importancia.

Si los testimonios de habitación son abundantes no son tan conocidos los que corresponden a los lugares de ritos funerarios como es el caso de las necrópolis. Son muy concretas éstas, reduciéndose a tres. La Torraza en Valtierra, la de La Atalaya en Cortes y la del Castejón en Arguedas, todas ellas en Navarra. Las dos primeras corresponden al esquema de Campos de Urnas y la última —en proceso de excavación— con depósitos en cistas. Otras formas de enterramientos son los que se realizaron en el interior de los poblados, bajo los suelos de las viviendas, aunque únicamente corresponden a enterramientos infantiles y que parece un ritual generalizado en todos

los poblados, con una larga cronología, y en cantidades que llaman la atención ya que, por ejemplo, en el poblado de La Hoya alcanzan un número de 269 enterramientos.

Los momentos del Hierro Medio no quedan claramente definidos con unas características especiales, detectándose sin embargo su existencia en los lugares de hábitat que continúan su vida sin interrupciones ni cortes violentos. Los materiales acusan ligeras variaciones como evolución de tipos anteriores, aunque algunos sí hacen su aparición indicando una presencia del mundo de Cogotas II, con cerámicas impresas con punzones decorados. De momento solamente se han detectado en el poblado de Castros de Lastra, en la zona occidental de Alava.

Todos estos poblados se distribuyeron, teniendo en cuenta para su elección aspectos tan fundamentales como los de poseer un control riguroso y completo de zonas territoriales más o menos amplias, independientemente de los aspectos puntuales relacionados con su defensa o con su desarrollo económico-social. Controlaban pasos en las cuencas de los ríos y en las vías naturales que daban acceso a valles, distribuyéndose jerárquicamente en orden a funciones determinadas, dando lugar a dominios territoriales de carácter tribal. Su alcance visual, entre unos y otros, creó una red que establecía una comunicación permanente. Esta implantación estratégica tuvo tanto valor como lo demuestra el que posteriormente en la Edad Media muchos de estos lugares fueron elegidos para construir castillos y fortalezas. El conocimiento de estos lugares de asentamiento nos permite ver claramente como en la vertiente septentrional forman alineaciones norte-sur siguiendo los cauces de los ríos teniendo una especial importancia las cuencas del Nervión, Deva y Oria, que jugaron ya en estos momentos, un papel clave como vías de unión entre la costa y el interior o como corredores de acceso a las tierras altas de Alava/Navarra desde las entradas transpirenaicas. Ya en la vertiente meridional, se van acomodando a estos cauces siguiendo en algunos casos directrices norte-sur, en el caso de los afluentes del Ebro, como otras perpendiculares este-oeste en la zona media, en paralelo a las alineaciones montañosas y grandes cuencas. Es precisamente en este segundo caso donde más abundantes son los asentamientos, especialmente en las cuencas de Pamplona y Vitoria, así como en lo que se denomina como Tierra Estella. Cuando se puedan valorar debidamente todos estos asentamientos, estableciendo ordenes cronológicos especialmente verticales, es cuando se llegará a conocer el proceso de ocupación territorial y la potenciación de unas zonas sobre otras a lo largo del tiempo, así como sus relaciones con otros tipos de hábitat como puede ser el de cuevas y su peso sobre el poblamiento autóctono.

Esta complejidad de estructuras de poblamiento, recibirá a finales de la primera mitad del siglo I a.C. unas nuevas y renovadoras fórmulas socioculturales. Esta vez los influjos del mundo ibérico que propiciaron un importante cambio, comenzando los momentos que dieron paso al Hierro Tardío. Son las zonas próximas al Ebro, donde estas nuevas tendencias se manifiestan, de una forma más potente. Fue precisamente este río la vía de introducción de estos influjos iberizantes que tomaron contacto con las poblaciones ya asentadas anteriormente, que en la mayor parte de los casos se asocian con el mundo indoeuropeo. Es lo que tradicionalmente se ha venido denominando como celtiberismo. Los ejemplos son variados ya que en casi prácticamente todos los poblados excavados, tanto en Navarra como en la zona meridional de Alava, se da esta superposición, de materiales cerámicos torneados sobre un hábitat claramente definible como correspondiente a un Hierro Medio e incluso Antiguo. En la excavación de alguno de estos poblados se

han obtenido fechaciones, para estos inicios de celtiberismo, ya en los siglos V-IV a.C., viéndose como estos aportes suponen un mayor y más potente desarrollo de aquellos núcleos donde se asentaron, especialmente en sus estructuras urbanas y en algunos aspectos técnicos así como en los economicos-sociales. En estos últimos aspectos es de resaltar como se desarrollan aspectos de tipo comercial tanto de las propias producciones, especialmente agrícolas, como de objetos importados, ampliando sus zonas de influencia. Aquellos aspectos de cultura material, fácilmente contrastables, permiten ver como el hierro se generaliza siendo utilizado tanto en la fabricación de herramental como de armamento y otros objetos. que posibilitaron la asunción de nuevas técnicas o un mayor desarrollo de las ya existentes. En estos aspectos la agricultura, especialmente cerealista, dio un fuerte avance. Otra innovación con fuerte cambio fue la de la fabricación ceramista, pasando a la utilización del torno rápido y la cocción de tipo oxigenante, además de nuevas formulaciones estéticas que desarrollaron un tipo de recipientes muy característicos.

Un dato, que está por contrastar en otras investigaciones, es el de que estas nuevas modas y modelos, no anularon a las ya existentes con anterioridad, dándose el caso, bien reconocido en la excavación del poblado de La Hoya, donde dentro del mismo núcleo urbano estos dos modelos vivieron en paralelo siendo fácilmente reconocibles, por diversos datos, la pertenencia de las viviendas a uno u otro grupo. También hay que tener presente que ciertos modelos culturales, formaron parte de estos grupos matizándolos, como son los del mundo relacionado con Cogotas II con los testimonios de cerámicas impresas, que aparecen en los Castros de Lastra en Caranca así como los del círculo de Miraveche-Monte Bernorio, al menos en las zonas del Alto Ebro, concretamente en este poblado de La Hoya o en el de Carasta. Estas matizaciones son perfectamente reconocibles en los espacios dedicados al mundo funerario, que tienen su correspondencia con niveles concretos de los poblados. Estas necrópolis permiten identificar y poner en claro la existencia de una estratificación social, ya que en la primera de esta necrópolis solamente correspondía al estamento guerrero. Otro tanto ocurre en los propios poblados, ya que estos grupos «celtibéricos» parece que desarrollan especial y concretamente funciones comerciales, hecho que se detectó en el propio poblado de La Hoya. Todo esto confirma que no se trata de simples influencias culturales sino que supone una ampliación territorial de estos mundos culturales.

Esta ocupación intensa del «celtiberismo» en las zonas meridionales, de la zona en estudio, decrece gradualmente en intensidad en un desplazamiento geográfico hacia tierras septentrionales, donde los testimonios materiales, especialmente cerámicos y en menor cuantía monetales, son menos abundantes en las zonas medias que pasan a ser escasos en los poblados más norteños que únicamente pueden explicarse como relaciones de tipo transaccional o comercial, ya en momentos tardíos, y nunca como colonización de los lugares concretos donde aparecen estos elementos de tipo material.

Es en los tiempos finales de estos momentos, en torno a las guerras Sertorianas, cuando habría que fijar la ocultación de los tesorillos localizados, tanto en Bizkaia como en Gipuzkoa, con cecas correspondientes a Bascunes, Bengoda, Turiasu, Segobirices, Arsaos, Bolsean, Aregodas y Bentian. Otros hallazgos monetales de estas cecas también aparecen de forma aislada pero más como elementos relacionados con lugares de hábitat, en Navarra y Alava.

Existen también unos elementos muy peculiares y que son característicos de estos momentos, en unas áreas concretas, que tienen su mayor concentración en las

zonas nororientales, sobre todo en Gipuzkoa y Navarra, pero con una irradiación más difusa en los territorios de Alava y Bizkaia. Es el de los cromlechs, menhires y campos tumulares. Los dos primeros tienen su mayor y mejor expresión en Gipuzkoa y Navarra, en tanto que los elementos tumulares se concentran principalmente en tierras alavesas. Los espacios donde aparecen corresponden a las zonas de pastizales de altura, donde incluso en la actualidad siguen vigentes las prácticas pastoriles. Aunque diferentes en su concepto y posiblemente funcionalidad, cronológicamente tienen unas ciertas concomitancias ya que en todos los casos su perduración es muy larga ya que su utilización llega a incrustarse en épocas históricas.

Este será el complejo mundo sobre el que actuará la romanización, que incidirá de muy diferentes formas, ya que si en ciertos casos ciertas poblaciones llegan a diluirse y desaparecer en otros parece que si bien con matizaciones colonizadoras, perdurarán a lo largo del tiempo. Es este momento de transición del Hierro Final un espacio temporal poco conocido en su desarrollo, y que en las últimas excavaciones, como en el caso del Oppidum de Iruña, en Alava, se pone de manifiesto la importancia, incluso en su aspecto de ocupación superficial, del anterior castro sobre el que se desarrolló la ciudad altoimperial y que parecen coincidir en el valor de ambas ocupaciones. Esto plantea el que, si la trascendencia jurídico/administrativa del núcleo romano, no se sustentó en algo similar ya existente en los momentos de la Edad del Hierro.